Redacción y Administración
Manuel Doblado No. 68-23

ARAGON

Enero de 1944

La emigración republicana, unida, puede y debe ser voz respetable que diga al mundo el derecho (por nadie mejor ganado) de nuestro pueblo, a ser libre.

Pendiente de Registro

Libros Viejos y Nuevos

Por Medea

Anna Seghers. — LA SEPTIMA CRUZ.— Esta nueva novela de Anna Seghers, constituye una prueba más de su recio temperamento como escritor. En ella nos describe las torturas y horrores de la Gestapo en Alemania, alcanzando estas descripciones una fuerza tan realista, que verdaderamente apasiona y conmueve. No menos notable dentro de la propia obra es el estudio psicológico de sus personajes, así como el interés de la narración que se mantiene hasta el final de la novela y que plenamente justifican el éxito alcanzado con esta nueva producción por la eminente escritora antifascista. Tampoco queremos dejar de señalar la versión que para los lectores iberoamericanos, ha hecho el profesor español W. Roces, versión indudablemente magnífica, que ha contribuido de manera notable a la buena acogida dispensada a esta nueva publicación de EDITORIAL NUEVO MUNDO.

* * *

José M. Gallegos Rocafull. — ALLENDIDAD CRISTIANA. Ediciones del Valle. México, D. F. — Intensidad en la palabra, expresión plena de sobria belleza en el decir, divulgación doctrinaria de una religiosidad forjada y sentida en lo más hondo y más sincero de un gran corazón humano, he aquí a grandes rasgos, las cualidades sobresalientes de esta nueva aportación de J. M. Gallegos Rocafull. Y aun hasta para quienes no compartan su ortodoxia, tiene la obra el encanto de la ecuanimidad, de la honradez sin apasionamientos y sin arrimo a conveniencias, según acostumbran gran número de mixtificadores de la verdadera esencia cristiana, de aquellos que como dice el autor, no hacen sino "desnaturalizar el reino de Cristo, con ese afán de hacerlo de este mundo".

Pero donde la expresión alcanza mayor belleza y ostenta más emoción en su acento, es en el capítulo que llama DE LA APARIENCIA DE LA MUERTE A LA REALIDAD DE LA VIDA. Se acentúa en él un ahondado sentido místico, raíz de profundas sugerencias que rebosan delicadeza y penetración extremadas, pero sin que falte diafanidad en la reflexión y sobre todo preocupándose de relacionarlo con el mundo y en la época en que vivimos.

* * *

Benjamín Jarnés. — VENUS DINAMICA. México, 1943. Ediciones Proa.—Jarnés, maestro en el arte de perfilar personajes, tan llenos de originalidad como de contenido y potencia vital, nos ofrece en VENUS DINAMICA, además, una novela de técnica esencialmente original.

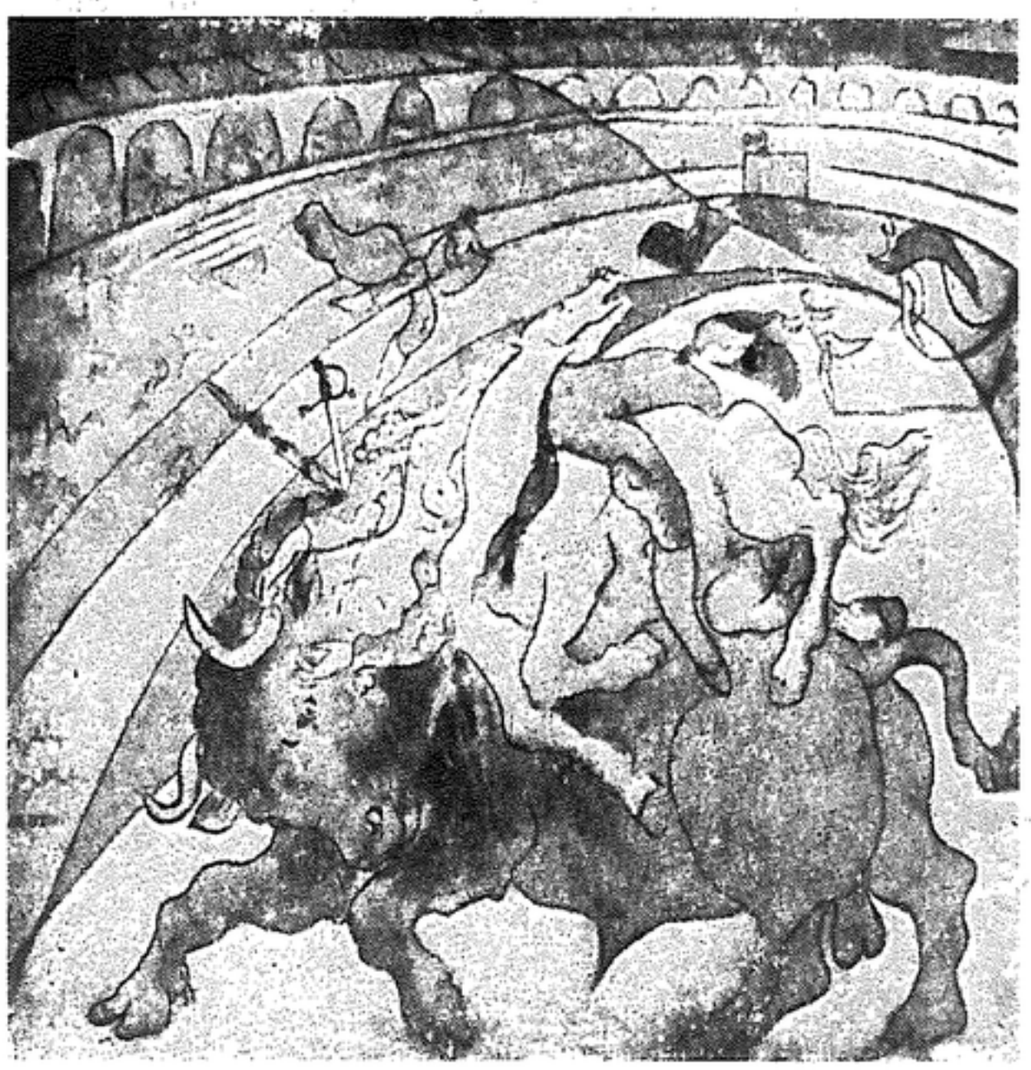
Su protagonista —Isabel, Dolly, Helena, sucesivamente—, no es ni mucho menos encarnación de la pasión carnal desenfrenada, como a primera vista, tal vez, pudiera suponerse, guiados por la ilustración de la portada y de las viñedas, que en profusión, acompañan al texto, sino una muchacha moderna, exenta de prejuicios, dotada de un concepto absoluto del tiempo, siempre en constante tormenta de rebelión ante cuanto le rodea y con su pequeña filosofía del bien y de la alegría que a manos llenas y sin descanso se esfuerza en proporcionar a todo desgraciado que encuentra —o que busca— en su camino.

La novela que rezuma en todo momento esa fina ironía zumbona, tan característica del autor de SAN ALEJO, se desarrolla entre lances de verdadera gracia, con una plasticidad cargada de sensualismo de la mejor ley. Casi en constante diálogo, nos sorprende el final, en un crescendo de interés por la contextura psicológica de sus dos figuras principales, VENUS DINAMICA y el "erudito número dos", a quien aquélla conquista y con quien culmina el amor.

* * *

José Bergamín. — EL PASAJERO Nº 2. Verano 1943.—Bergamín en este segundo número de su revista, nos ofrece un conjunto tan sugestivo o más, si cabe, que en el primero con serlo mucho.

Pasa a la página 6



TORO EN EL MAR

-Elegía sobre un mapa perdido-

A aquél país se lo venían diciendo
desde hace tanto tiempo.
Mírate y lo verás.
Tienes forma de toro,
de piel de toro abierto,
tendido sobre el mar.

(De verde toro muerto).

★

Mira, en aquel país
ahora se puede navegar en sangre.
Un soplo de silencio y de vacío
puede de Norte a Sur, y sin dejar la (tierra,
llevarte.

★

Eras jardín de naranjas.
Huerta de mares abiertos.
Tiemblo de olivas y pámpanos,
los verdes cuernos.

Con pólvora te regaron.
Y fuiste toro de fuego.

★

¡Ay, a este verde toro
le están achicharrando, ay, la sangre!
Todos me lo han cogido de los cuernos
y que quieras que no me lo han volcado
por tierra, pateándolo,
extendiéndolo a golpes de metales can- (dentes,
sobre la mar hirviendo.
Verde toro inflamado, ¡ay, ay!
que llenas de lamentos e iluminas, helán- (dola,
esta desventurada noche
donde se mueven sombras ya verdadera- (mente sombras,
o ya desencajadas sombras vivas
que las han de tapar también las piedras
¡Ay verde toro, ay,
que eras toro de trigo,
toro de lluvia y sol, de cierzo y nieve,
triste hoguera atizada hoy en medio del (mar,
del mar, del mar ardiendo!

★

Querías despertarte, pobre toro,
abrumada de nieblas la cabeza.
Querías sacudir la hincada cola
y el obligado párpado caído refrescarlo
en el mar,
mojándote de verde las pupilas.
Resollabas de sangre, rebasado, abarcado,
oprimido de noche y de terrores,
bramando por abrir una brecha en el (cielo
y sonrosarte un poco de dulce aurora
los despoblados ramos de tus astas

Gaviotas amarillas
y despistados pájaros de tierra
tejían sobre ellas
silenciosas coronas de silbos tristes y alas.

Niños muertos perdidos rodaban los (delfines
por tus desfallecidas riberas
de lagares y aceites derramados,
mientras que tú, alejándote,
dejabas en mis ojos el deseo
de alzarte de rodillas sobre el mar,
encendiendo otra vez sobre tu lomo
el sol, la luna, el viento y las estrellas.

★

Cornearás aún y más que nunca,
desdoblando los campos de tu frente,
y salpicando valles y laderas
te elevarás de nuevo toro verde.

Las aldeas
perderán sus senderos para verte.

Se asomarán los hombros de los ríos,
y las espadas frías de las fuentes
manos muertas harán salir del suelo,
enramadas de júbilo y laureles.

Los ganados
perderán sus pastores para verte.

Te cantarán debajo tus dos mares,
y para ti los trigos serán puentes
por donde saltes, nuevo toro libre,
dueño de ti y de todo para siempre.

Los caminos
perderán sus ciudades para verte.

Rafael ALBERTI.

De *"Entre el clavel y la Espada"*.

Cruce de Caminos

Por Manuel Andujar

I

Siempre había trabajado la tierra, esa tierra enjuta que exhala sequedad, que se cubre de trigos pajizos, de yerbajos silvestres; esa tierra bordoneada de angustioso silencio, de inhumana soledad; esa tierra que compone la llanura de los Monegros.

Sufriente alma de España en los surcos, riñones quebrados en su áspero cultivo. El cielo, recio de azules, tan indiferente. Todas sus generaciones se partieron allí el espinazo, toda su atalaya era una casa cenicienta, con techo desmantelado, todo su panorama del mundo fué la distante serpentina de la calzada que conduce a Caspe. Se palpó la cara amasada de duros perfiles, crujió los brazos y se sentó en un montón de piedras. Escuchaba el vago zumbido de la atmósfera, aquel desfile siniestro de autos militares, la sensación doliente que traían los ecos.

Un leve viento mañanero reproducía el estampido de los cañones y se le figuró oír también el remoto temblor de los ayes y que las propias raíces de sus pocas hectáreas se estremecían. ¿Y él qué pito tocaba en el baile? Se rumoraba que los de Franco le fusilaron a un hermano, allá por la linde de Zaragoza. Pero la vida entera no podía separarla del trozo raquítico de la heredad, odiada y amada al propio tiempo. Y sin embargo, algo hondo, que palpitaba en el curso de los aires, que hallaba asilo en sus entrañas, le advertía, como cosa del instinto, de la proximidad de la Muerte, no física, no de la carne, sino en la máscara de un régimen que le provocaba náuseas, que se identificaba con la inclemencia de los campos agostados, los que se pudren con lentitud, con desesperación, los que se enegrecen.

Se quedó mirando fijamente el bien adusto que pisaba, adherido a las suelas remendadas de las abarcas labriegas. Constituía su imagen. Y pensó en los cuarenta y cinco años que contaba, en los guitarreos de mozo, en la boda insípida, en la única hija que engendró en la edad madura, que apenas rebasaba sus rodillas huesosas. Luego, el ansia de las cosechas magras, el recuerdo extraño, vinoso, de una fiesta, la vez dulce en que ella se unció con tibio calor, con sutil desmayo, a su cuello. Más tarde le torturó el quejido de los matojos que levantaban, en espirales de polvo los obuses.

II

La mujer doblaba la ropa mientras él aparejaba el carro. Sin hablarse, escogieron lo más indispensable, abandonando el viejo quinqué, la mesa de camilla, la loza desportillada, los cántaros de poros alegres. Colocó los colchones en la red del vehículo y con apremio les pidió que se instalaran en él. Un mohín de la niña le previno de que se olvidaba un objeto precioso. Regresó a la cocina y de la repisa de la chimenea bajó a la muñeca de ocho reales, vestida con tela tosca, leve peso para su manos rudas, insólitas. Emprendieron el camino. El a pie, aguijoneando al animal, sin querer retornar la vista. Pues en la frente le centelleaban el paño del sembrado, las cuatro paredes. Deseaba olvidarlos, como fuese. Se cruzaron con otros grupos en ceñuda huída y al mediodía hízose el alto, a la vera de unos árboles, para tomar un bocado. Masticaron pan y tasajo sin despegar los labios y reanudaron la marcha. Simple y amargamente.

A la niña el vaivén de las ruedas se le adentraba en los ojitos de pájaro, le mecían las sienes, le aligeraban la presión. Empezó a cabecear y la muñeca, rebotando en el estrafalario cargamento de enseres, cayó en la carretera, con imperceptible rumor de cartón herido. Y así recorrieron medio kilómetro más, hasta que la criatura al despertarse reparó en la pérdida, la reclamó con lloros caprichosos y hubo que regresar la corta distancia.

Explotó la bomba en el instante en que divisaban el camión. Como empujando la portezuela se desplomó de su interior un muchacho de barba rubia, de cuyo pecho se desprendía un chillón manantial de sangre fresca, hirviente. Se achicaba ya el aeroplano en lontananza al decidirse Martín a reconocer el cuerpo exánime. Lo arrastró

Pasa a la página 6